EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM 12962

PRECIOS DE SUSCRIPCION
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 12 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 61.

A igual causa...

El ayuntamiento, en la sesión ayer celebrada, se ocupo de un informe de la comisión de Hacienda proponiendo el modo de saldar el déficit resultante en el presupuesto, por haberle negado el gobernador de la provincia su aquiescencia a determinados arbitrios aprobados por la corporacion municipal y por la junta de asociados.

En la proposicion votada se grava la tarifa adicional con cantidades ínfimas, mejor dicho, se aumenta el gravamen con que ya tributaba. Las patatas pagaran diez céntimos mas por cada cien kilogramos; las naranjas medio céntimo por kilo; los tomates igual cantidad y así sucesivamente. Lo dicho: cantidades ínfimas que a primera vista no tienen importancia, pero que la tendran enseguida que empiecen a cobrarse.

Por desgracia las cosas no siempre son lo que parecen. Parecía que al suprimirse el impuesto de consumos a las harinas bajaría el pan y no ha bajado. Parecía también que al autorizar los recargos á las demas especies sujetas al impuesto se neutralizaría el beneficio que aquella disposicion hubiese podido producir, y la triste realidad nos enseña que el perjuicio cierto que el recargo ha traído, es mayor que el ilusorio beneficio que el ministro buscaba.

Las mismas causas producen idénticos fenomenos y lo que le ha resultado al pais con la supresion del impuesto á las harinas volvera á producirse con motivo de la proposicion de que tratamos. Se trata de beneficiar el presupuesto para saldar el déficit sin perjuicio sensible del contribuyente y así parece resultar en principio Diez céntimos en cien kilos de patatas ¿qué son? Un céntimo por cada diez, un décimo de céntimo por cada kilogramo, una pequeñez que no merece mencionarse. Lo mismo ocurre con los tomates, naranjas y demás: medio céntimo por cada kilogramo. ¿Vale eso algo? Nada en la apariencia. En la realidad de la práctica mucho.

¿La prueba? A eso vamos.

¿Quién va a pagar esos arbitrios?

Quien lo paga todo; el último que compra; el consumidor, el que compra al detall. El introductor pagara los diez céntimos por los 100 kilos de patatas, pero al enagenarlas al revendedor las vendera por reales justos con lo cual iría ganando quince céntimos. El revendedor descargará los veinticinco céntimos sobre el consumidor y como no hay moneda para pagar el sobreprecio elevara el precio de la patata un céntimo por kilo, en cuyo caso ese impuesto ínfimo de diez céntimos por cada 100 kilos de patatas se habra elevado a una peseta.

Pero es el caso que tampoco hay céntimos. La moneda mas pequeña es de dos y eso es lo que subiran las patatas para quien compre un kilo y el doble para el que compre medio. ¿Se va enterando el municipio? El impuesto de diez céntimos crecera en la reventa como la espuma y por cada moneda de bronce que ingrese en sus arcas el ayuntamiento, metera el industrial en su bolsillo una o dos de plata.

Con los tomates, naranjas y demas ocurrira lo mismo aunque no tanto. Un kilo pagara medio céntimo que se convertira en dos al venderlo y en cuatro si se vende en dos mitades.

Que esto sucederá no hay duda. Lo dice una experiencia muy larga que no debe olvidarse y que han debido de tenerla muy presente los concejales de este ayuntamiento antes de dar su voto para imponer nuevos arbitrios sobre la tarifa adicional.

El tiempo presente no es muy abonado para grabar las subsistencias sino para descargarlas de gravamenes. Y va a resultar una cosa bien triste: que á los pocos dias de haberse celebrado una reunion de notables para ver de solucionar aquel problema, se pone mano en él para agravarlo.

TIJERETAZOS

Dice «El Globo»:

«Cuéntase por ahí que á su retiro antequerano se ha llevado el presidente del Congreso una ilusión y una esperanza fundados en cierta reiteración de promesas que hubieran debido cumplirse al caer Maura, y que se habrian cumplido, seguramente, á no impedirlo quienes, apoyando la solución Azcárraga, han ascendido y logrado ¡por fin! llegar á intervenir directamente en la dirección de los *públicos negocios*.»

Todo se explica.

Y no había de dejar de tener su explicación correspondiente el doble acto realizado por el presidente aludido en las líneas copiadas, es decir el de presentación de dimisiones y el de retirada de las mismas.

¿Y para todo eso ha habido que dar un rodeo por Sevilla y sacar á colación Carembuey y el *Batón pelao*?

—

«Le Figaro» de París se ocupa en la publicación de un informe del general Nogi á su gobierno aconsejándole lo que debe hacer para ponerse en condiciones de hacer la guerra á Francia.

Por supuesto, el general Nogi estará muy ageno de ese asunto. Ni él habrá dicho nada á su gobierno, ni por soñación pensarán los japoneses realizar la obra que se les atribuye. Lo que sucede es que hay que avivar el entusiasmo por los rusos, que se ha enfriado bastante, especialmente desde la rendición de Puerto Arturo y, está claro, «Le Figaro» hace lo que puede en tal sentido.

Causas que necesitan que se les ayude con patrañas son causas perdidas.

—

Leemos:

«El despacho del ministro de Marina estuvo ayer concurridísimo, acudiendo á felicitar al Sr. Cobián gran número de oficiales y generales de la Armada.

Entre ellos vimos al Sr. Ferrándiz.»

¿También felicitándole?

Y en tal caso ¿por qué? ¿Por que va á echar abajo sus célebres reformas?

Sería el colmo.

Una casualidad sensacional

Curación de tuberculosis

Los efectos del suero antidiftérico

Los progresos científicos que han ido iluminando el campo de la medicina han tropezado siempre con un rincón impenetrable, envuelto en densas tinieblas, donde han fracasado invariablemente los más ilustrados y los más perseverantes esfuerzos.

En esa región inaccesible para todas las exploraciones de la terapéutica ha mantenido su refugio el fantasma de la tuberculosis, ese terrible agente patológico que no indulta jamás á sus víctimas y que mantiene su siniestra é indiscutida preeminencia en las tablas de mortalidad de todos los países.

Conocemos en detalle la larga historia de esperanzas y desilusiones en que se encierran las tentativas realizadas hasta ahora contra el misterioso enemigo; sabemos cuántas veces se ha creido encontrar la fórmula desconocida de su acción y con cuánto interés ha seguido la humanidad entera os ensayos, que con experimentos más ó menos verosímiles parecían destinados á salvar la valla infranqueable.

Por desgracia el balance de todos esos trabajos se concreta en cuanto á sus resultados en un simple signo negativo.

La tuberculosis permanece encerrada en sus murallas y la ciencia médica, triunfante en tantas zonas próximas, ó por lo menos análogas; no ha logrado quebrantar en lo mínimo su impotencia contra el peor de los flagelos que pesan sobre la humanidad.

Teniendo presentes estos antecedentes, estamos prevenidos contra todo impulso de optimismo fácil ó de ilusoria esperanza al consignar la carta que publicamos más abajo entregándola á la discusión y á la prueba de los hombres de ciencia.

El señor Bianchi, autor de esa carta, refiere un caso de tal trascendencia por su significado y sus alcances, que si fuera confirmado por la experimentación general sellaría el más grande y benéfico de los descubrimientos realizados por la ciencia en los tiempos contemporáneos.

En el episodio que relata, la casualidad obra como agente único de la sensacional revelación.

Una dosis de suero antidiftérico Behring, aplicada á una tuberculosa en que el mal llegaba á sus últimos extremos, produce resultados inesperados é inexplicables. Hecha la inyección con el único propósito de evitar el contagio de la difteria, sus efectos obran en una forma inmediata y casi fulminante contra la tuberculosis que viene agotando á la paciente.

De improviso la enferma empieza á mejorar rápidamente, aumenta de peso en proporciones sorprendentes, se desvanecen los síntomas más característicos de su terrible dolencia, y lo que es más, el análisis bacteriológico confirma en todas sus partes las halagadoras conclusiones de la sintomatología.

Sabemos que las mejorías aparentes suelen ser un triste gaje de los desenlaces fatales cuando se trata de la tuberculosis, sobre todo con ciertos agentes terapéuticos que parecen elevar al enfermo sobre la ilusión de un momento para precipitarle luego de más alto en la caída inevitable.

Pero en el caso actual, la reacción se ha sostenido, el análisis de los esputos ha comprobado la falta de bacilos y la enferma continúa en un estado perfectamente normal.

Si á esto se limitaran las observaciones recogidas, nos habríamos guardado prudentemente de consignarlas temiendo que entusiasmos excesivos ó prematuros perturbasen el juicio que las ha acogido.

Antes de hacerlas públicas, hemos querido contralorearlas en lo posible, escuchando la opinión de los hombres de ciencia que han tenido oportunidad de conocer el caso y de ensayar en mayor escala el procedimiento.

Hemos chocado contra la reserva de los que, conscientes de sus responsabilidades, no podían adelantar un juicio sobre asunto de tanta transcendencia, sin estar completamente seguros de su fundamento; pero al través de la reserva misma hemos visto traicionarse la opinión favorable y relucir los resplandores contenidos de generosas esperanzas.

Más aún: sabemos, nos consta, que experimentos perfectamente metodizados, de inyecciones de suero Behring sobre otros

hábiles que yo se verían apurados en este tenebroso asunto...

Sin embargo, antes de cerrar la sumaria debo preguntar á las personas aquí presentes, si tienen sospechas de quienes puedan ser los culpables..?

Reflexionad bien todos, y en particular vos, Bernard.

Virolosa, imitando en esta delicada reserva de Daniel, que comprendia cuán dolorosa debía de ser esta circunstancia para los infelices padres.

Solo faltaba interrogar á las señoras de Mereville y Ladrange temblaba al ver acercarse el momento en que tendrían que hablar de los sucesos de la noche.

De la madre no podia esperarse ninguna aclaración porque era evidente su estado de locura, y el cabo ni pensó siquiera en preguntarle.

En cuanto á María, la inminencia del peligro pareció devolverle su presencia de ánimo, y cuando le preguntaron su nombre dió ruborizándose, el que había tomado desde que vivía en la granja de Breuil, y contó en pocas horas los detalles ya conocidos.

El cabo arrugó algún tanto el ceño cuando María se dió á conocer por un nombre ungido; pero no hizo objeción ninguna y consignó en el acta la declaración de la joven como lo había hecho con los demás.

Concluido su trabajo se puso á leer el escrito con profunda atención, deteniéndose de cuando en cuando para pesar el valor de las palabras.

—¡Diantre! —dijo por último—esos infames habían tomado perfectamente sus precauciones, y otros más

XXV

Daniel conocía cuan importante era para sus parientes que él se encargara exclusivamente de los interrogatorios.

—Ciudadano cabo,—dijo con autoridad,—soy vuestro superior en el orden judicial, y por penoso que me sea el deber de mi cargo en estas circunstancias, quiero desempeñarle.

Os ruego pues que me cedais la pluma y me dejeis la instrucción de este asunto.